

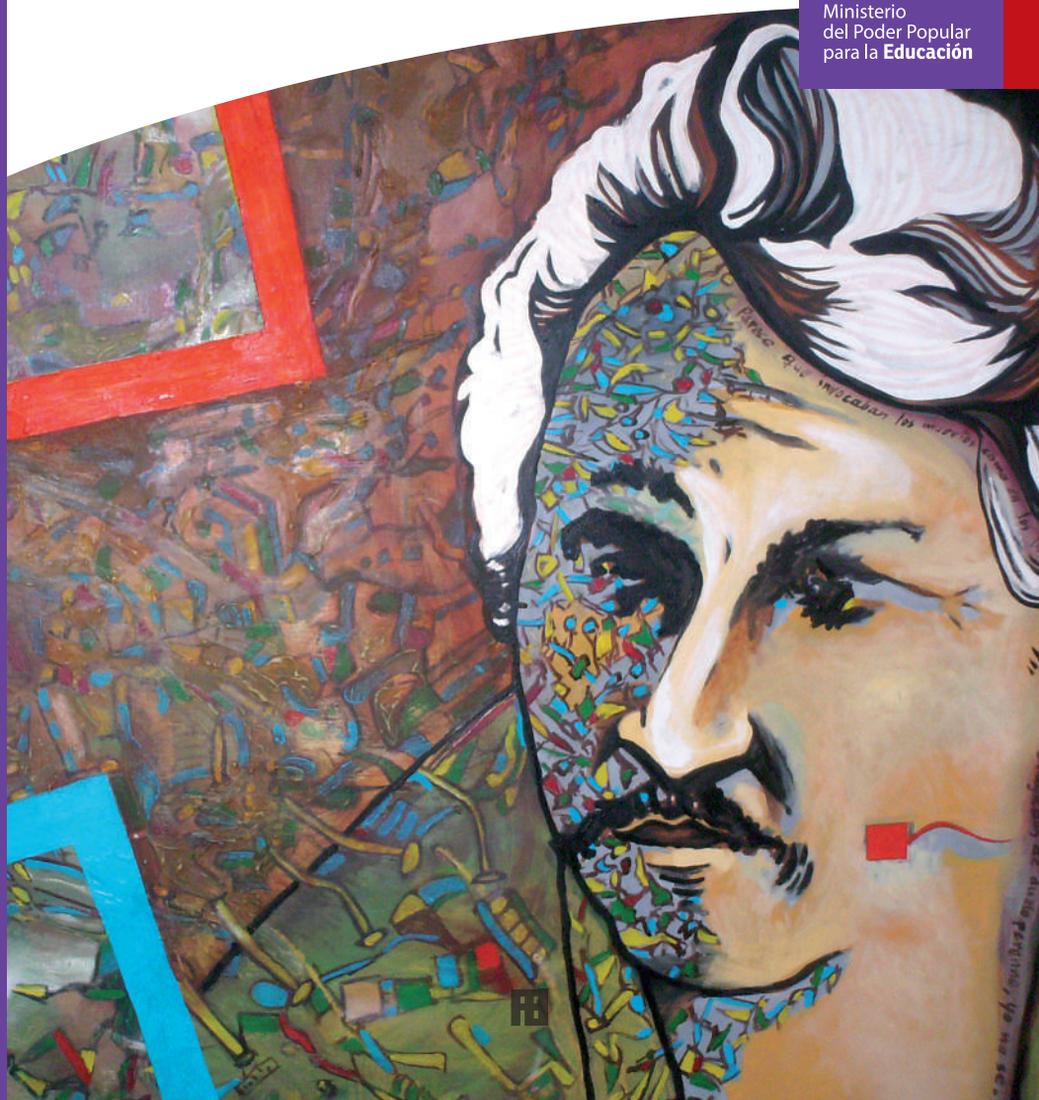
COLECCIÓN  
ANDRÉS BELLO

Freddy J. Melo

# Con la lanza de Braulio Fernández



Ministerio  
del Poder Popular  
para la **Educación**



**Nicolás Maduro Moros**

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Tareck El Aissami**

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

**Elías Jaua**

Vicepresidente para el Área Social

Ministro del Poder Popular para la Educación

**Junta Administradora del Ipasme**

**Marisela A. Bermúdez B.**

Presidenta

**Pedro Germán Díaz**

Vicepresidente

**Elkis A. Polanco G.**

Secretario

**Fondo Editorial Ipasme**

**Federico J. Melo S.**

Presidente



José Vicente Abreu

**Con la lanza de Braulio Fernández**

**Con la lanza de Braulio Fernández**

© Freddy J. Melo

Primera edición

© Fondo Editorial Ipasme

Caracas, 2017

**Depósito Legal:** DC...

**ISBN:** 978-980-401-

**Edición y corrección:** Federico J. Melo S.

**Diseño y diagramación:** Yaraiví Alcedo

**Imagen de portada:** Retrato de José Vicente Abreu, del artista venezolano Gregorio González Vivas

Fondo Editorial Ipasme:

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

Urbanización Las Acacias. Municipio Bolivariano Libertador, Caracas

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 634 54 45 / 634 54 53 / 634 54 56

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra,  
siempre que se señale la fuente original.

..... **Con la lanza de Braulio Fernández**



Yo quiero darte mi lanza bañada de plata muchacho... en nombre de Bolívar y de mi general Bermúdez. Un día la debes sacar y gritar podrido de ron y heroísmo:

—¡Viva la Patria!

(...)

—Saca la lanza, bésala: el mundo no se acabó... algún día volverás a encontrarte... Beso la lanza y él insiste:

—Yo estoy seguro que será cuando sueñes otra vez...

José Vicente Abreu

Toma mi lanza bañada de plata

Los llaneros siempre andamos con el miedo de la hazaña para sobrevivir.

José Vicente Abreu

Palabreus

**COMO SE HA DICHO**, y para bastantes venezolanos y algunos latinoamericanos es un lugar común, José Vicente Abreu Rincones, apureño paisano del Negro Primero (y por ello certeramente bautizado por nuestro común querido amigo y maestro Pedro Elías Hernández Figueredo como *El Mestizo Primero*<sup>1</sup>), alumbrado en San Juan de Payara el 20 de junio de 1927, talabartero, entre otros mil oficios ciertos o inventados, fue un héroe. Uno de los genuinos en la Venezuela del siglo XX.

1 Hernández Figueredo, Pedro Elías: *El mestizo primero: José Vicente Abreu*. Ediciones de la Fundación Rómulo Gallegos, San Fernando de Apure-Caracas, 1991.

Pero fue más aún porque la misma excepcional capacidad con que luchó contra la dictadura, la traición y el imperio la puso en el labrado de una obra literaria de sólida textura. Su memoria testimonial no cede ante la de Pocaterra y puede dialogar de quién a quién con Julius Fucik; su escritura toda, novela, poesía, ensayo, periodismo, exhibe los estremecimientos de la vida y la creación. No hay manera de quedar indiferentes frente a su verbo.

## I

No utilizo en balde la palabra “héroe”. Desde adolescente empezó a florecerle la pasión solidaria, con emoción abierta en los albores del post-gomecismo e inicial toma de posición junto con otros compañeros al lado de Pedro Elías y de la autoridad moral e intelectual de Rómulo Gallegos, con la esperanza de que la aventura del 18 de octubre de 1945 se plasmara en un cambio democrático profundo.

Y cuando tras el golpe proimperialista contra el consagrado escritor, 24 de noviembre de 1948, irrumpe la dictadura militar-policíaca encabezada por Marcos Pérez Jiménez, ya el militante se ha fraguado con temple de acero y voluntad indomable y el poeta empezó a florecer.

Como Secretario Juvenil Nacional, Secretario Nacional de Propaganda y Secretario Nacional de Organización de Acción Democrática, acompañó a Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali y Antonio Pinto Salinas, quienes también derrocharon coraje y supieron ofrendar sus vidas con honor, equiparándoles en valentía, arrojo y audacia. Conoció la Cárcel Pública de Tucupita, la Cárcel “Modelo” de Caracas y la Cárcel “Nueva” de Ciudad Bolívar, además de los sótanos siniestros de la Seguridad Nacional (SN) y el campo de concentración de Guasina, sumando en esta oportunidad seis años de horror. Sobrevivió a todas las formas de tortura y enfrentó la doblez, cobardía y oportunismo de la derecha adeca, que ya en las cárceles perezjimenistas anunciaba que, de volver al poder, nunca más los agarraría “sin un centavo”.

Vicente por su tremenda experiencia se hizo comunista, pues deseaba transformar de raíz la sociedad. Fue enviado al exilio: a México,

---

vía Panamá y Costa Rica. Y retornó a la patria después del 23 de enero de 1958, cuando parecía que alumbraba el alba de una nueva Venezuela.

Corta fue la esperanza, porque, como escribí una vez, cuando quienes capitalizaron la victoria se voltearon y convirtieron en servidores de la oligarquía y el imperio, cuando del seno de los torturados de la dictadura surgieron los torturadores de la democracia e inauguraron aquí la figura del desaparecido –*made in CIA*–, los luchadores dignos se aprestaron a organizar los nuevos combates. La contienda, frontal y terrible, intensificó su carácter de lid patriótica contra la antipatria. Pero errores de mucha monta, el principal una acción armada postiza, sin lazos orgánicos con el pueblo que no la comprendía cabalmente, ocasionaron la derrota de los patriotas y con ella la desunión y la deserción de algunos, que tenían las convicciones en la piel.

Vicente, por supuesto, se atrincheró en su barricada. Y entre sus acciones se incluyó la gran rebelión en armas de Carúpano, con Jesús Molina Villegas, Eloy Torres, Simón Sáez Mérida, Pedro Vegas Castejón, Julio Bonet Salas, Octavio Acosta Bello, Héctor Fleming Mendoza, Pedro Duno y muchos más, patriotas civiles y militares. Ello le trajo de nuevo cárcel –en su vieja conocida de Ciudad Bolívar y en el Cuartel San Carlos de Caracas– y exilio: URSS, Checoslovaquia, Cuba y Bulgaria.

Pero antes y después de eso le alcanzó el tiempo para ser jefe de redacción de “Tribuna Popular”, al lado del general de revolución Gustavo Machado, para acompañar al Rector de la Dignidad, Jesús María Bianco, en su intento de renovación de la UCV desde la imprenta y las aulas universitarias, para ejercitar y promover la reflexión y la investigación literaria desde la trinchera del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Cerlarg), para darle cancha al amor y engendrar tres hijos y una hija, para los escapes de juerga –algunos de los cuales compartí– que con otras sabias enseñanzas le transmitió Pedro Elías y para escribir libros luminosos. Por siempre...

## II

Los camaradas a cuyo lado combatió le rindieron admiración y aprecio, y su pluma, estallando con ígneos acentos de coraje, dejó en escenas de dantescas resonancias el testimonio de su trato con los esbirros y las cárceles del régimen perezjimenista en *Se llamaba SN* y en *Guasina, donde el río perdió las siete estrellas*, referencias del horror; pintó en cuadro impresionista la persecución y la violencia puntofijista en *Las cuatro letras*; dejó constancia de las angustias del proceso de reiserción en la kafkiana realidad creada por el “padre de la democracia” y sus sepultureros en *Toma mi lanza bañada de plata*; y desandó los caminos de Páez, Negro Primero, María Nieves y Gallegos para reinventar la novela sobre el llano en *Palabreus*.

Son ejercicios continuos de recreación literaria de sus vivencias, pero no para el autoregocio y la autopromoción sino para continuar la lucha en otro terreno: el estético e ideológico. Fue un proyecto de vida que se trazó desde las ergástulas perezjimenistas y al que fue consecuente hasta el final. Veamos al voleo algunas muestras de su narrativa.

*Se llamaba SN*, su primera novela publicada, escrita en la obligada reflexión de su segundo período de reclusión, sobre la base de las notas escritas en el primero, es lo que llamaría un cinéfilo de hoy un triller de suspenso y horror. Escrita en primera persona, siguiendo una hilación lineal, desde la primera página se suceden vertiginosos los acontecimientos y las emociones que asaltan al lector:

Cuando desperté nada podía hacer: seis revólveres me apuntaban a la cara. Abrí un ojo. Un vistazo soñoliento, brumoso, parcial. Podía ser una pesadilla. Fracciones de segundo para saber que estaba preso. Debía hacer algo. Seis revólveres. Simulé un sueño profundo y tranquilo. Quería pensar, encontrar una salida, un descuido, una oportunidad, una evasión. Pensé en el nombre que daría y en el libro que tenía como escudo sobre mi pecho.

---

(Como todas las noches había dejado la pistola en el doble fondo del *closet*)<sup>2</sup>.

Y luego, en la SN, su inmediata confrontación con su delator y el comienzo del proceso de “ablandamiento”. Uno tras otro de los torturadores se turnaba para no dejarlo descansar. Particularmente brutal fue Ulises Ortega, Jefe de la Brigada Política:

Me golpeaba y gritaba. Daba órdenes. No oía sino sus gritos por encima de los golpes contra la pared. (...) ¿Qué me ves, coño de madre? ¿Qué me ves? ¿Me vas a matar? De aquí no saldrás vivo, ¿entiendes?

Tosió, me escupió y salió dando largos pasos. La sangre, junto con la saliva me corría por toda la cara. Salobre, amarga, me rodaba caliente hasta formar coágulos fríos y raros en los labios. Se me escapaba la vida. No sabía si gritar o llorar. También los hombres gritan ante la muerte (...) Las patadas se repetían a mis costados. Y yo parecía adherido a aquel piso inmundo y pegajoso<sup>3</sup>.

Manes de Satanás, le tocó conocer y sufrir las más variadas formas de tortura:

Aplicó los cables. Uno en el testículo derecho, otro en la ingle. Caí fulminado. El jefe de los interrogatorios dio un traspíe y se levantó maldiciendo. Mil puntas me recorrían el cuerpo. No pude evitar un grito salvaje. Los ojos desorbitados, miraba a todos lados desde el suelo. La sensación de alfileres circulando junto con la sangre. Una esfera oscura, la luz. Echaron agua a mis pies. Nadie se atrevía a reír. Era algo muy serio. Un rito moderno, propio de nuestra civilización. (...) No veía nada a mi alrededor. Abría los ojos. Cuando me apagaban los cigarrillos en el ombligo, no sentía. Sólo sentía

2 Abreu, José Vicente: *Se llamaba SN*. Editor José Agustín Catalá, Caracas, 1964, págs. 9 y 10.

3 Abreu, José Vicente: obra citada, págs. 38 y 39.

la electricidad en los testículos. Caía desmayado, y volvía a la vida muy lejos. A veces navegaba entre nubes o corría por las calles. La música, los gritos, los insultos.

—¿Dónde está Ruiz Pineda?

La cara en un balde. Los cables en las orejas. Un océano. No sabía nada del tiempo. Un segundo, un minuto, un año, siglos. Saltaba en todas direcciones. Con un trozo de manguera me golpeaban en todas partes para que despertara. ¿Estaba loco? Terminaron de arrancarme los bigotes. Era a otra persona. Yo seguía en el suelo. De nuevo en los testículos. Debí romperme el cráneo en otro sitio<sup>4</sup>.

Más adelante, al compartir calabozo, la experiencia se multiplicó, como consecuencia de un fallido intento insurreccional:

Y el 12 de octubre de 1951 se decreta una nueva modalidad: la tortura en masa, planazos, hielo al desnudo, electricidad directa de los enchufes, esposas “italianas”, días y noches de pie. Los hombres caen agotados, desmayados, desangrados, envenenados por la orina y las heces fecales. (...) Hasta hoy... hasta hoy: una máquina monstruosa, sutil y tosca a la vez<sup>5</sup>.

La novela está dividida en dos partes formales: *Seguridad Nacional y Guasina*; pero se me antoja que hay una tercera parte, individualizada por la fuerza misma del relato: el viaje de traslado en barco a la isla-campo de concentración:

El barco se desplaza lentamente. La noche es impenetrable. El aire escaso y maloliente. Huele a sudor, a orines, a vómitos. Ciento treinta y seis hombres acostados en la bodega. Nadie puede moverse de su sitio. Arriba una lona cubre la boca de la bodega y deja ver a pequeños trechos las cabezas de los Guardias Nacionales que apuntan sus armas descri-

4 Abreu, José Vicente: obra citada, págs. 42 y 43.

5 *Ibidem*, págs. 97 y 98.

biendo semicírculos misteriosos (...) Los presos nos damos cuenta de pronto que estamos muy por debajo de la línea de flotación. En un segundo, uno piensa en un arrecife. Puede ser la muerte debajo del agua. Sin respiración, anhelantes. (...) No hay espacio para moverse. Unos encima de otros. No se fuma, no se habla. No encuentran la isla. Los excrementos y los vómitos se fermentan. Una epidemia de disentería. Nadie se preocupa de la inmundicia. Los interiores, negros. La gente defeca en el mismo lugar donde duerme y come. Una pesadilla. Sólo faltan los grilletes de la esclavitud. El cuerpo se llena de llagas y las moscas pican (...) La mayoría padece disentería (...) El Comité<sup>6</sup> reclama médicos y medicinas. Los mandan a subir a cubierta. Suben dos. Los guardias los reciben a planazos. Más tarde los amarran en el palo de un güinche hasta que cae la noche (...) -¿Cuántos casos de tifus había?- pregunto.

—Cincuenta y siete. Yo estaba vacunado y junto con otros atendía los enfermos. No teníamos dónde botar la mierda. Dejamos la mitad de la bodega para los enfermos. Creíamos que así podíamos evitar males peores<sup>7</sup>.

(Puedo dar fe de lo vívido que es su relato, pues poco tiempo después de su suplicio me correspondió hacer un viaje semejante hasta la cárcel de Ciudad Bolívar).

Una vez en la pequeña isla de Guasina, ubicada en el Delta del Orinoco, las torturas continuán, pero ahora se agrega el trabajo forzado, las condiciones de vida insalubres, el clima y la naturaleza hostil, así como la carencia de medicamentos y apoyo para tratar las enfermedades que se producían por tal escenario:

Aquí no figura el tifus en el reglamento –grita Martínez a la comisión de presos.

6 Que habían organizado los prisioneros.

7 Abreu, José Vicente: Obra citada, págs. 101, 108, 112 y 115.

Llevaron a Santiago Díaz a una enramada. Lo depositaron sobre una plancha de zinc. Santiago Díaz veía todo esto con sus ojos muy abiertos.

—No se preocupen —dijo a los presos cuando lo dejaron en la plancha de zinc.

Pero no se quejó.

Dejaron dos guardias armados de peinillas a unos diez metros de distancia.

—Nadie debe acercarse al enfermo —ordenó Martínez.

Y Santiago quedó solo en la enramada. Los presos pasaban y miraban desde lejos. No podía acercarse. Las moscas giraban alrededor de Santiago. Moscas azules, negras, grandes, pequeñas (,,) De vez en cuando llegaban Payares o Martínez:

—¿Ya se murió? —preguntaban

Los guardias no respondían, se limitaban a ver un hombre esquelético cubierto de excrementos y moscas sobre una plancha de zinc.

Cuando empezó a descomponerse los guardias se dieron cuenta que había muerto<sup>8</sup>.

(...)

Casi todos los presos con disentería. No hay medicinas ni asistencia médica. Un veterinario italiano de apellido Rossi viene a la isla cada quince días. Un cabo Morales, de la Guardia Nacional, clasifica los enfermos que pueden trabajar y los que no pueden trabajar. Eso era todo. Los presos se deshidratan y caen al agua sin voluntad para levantarse. Los guardias golpean con las peinillas y las culata de los fusiles. Veinte caso de tifus que no nos atrevemos a declarar para que no los aislen y los dejen morir en una enramada (...) Mueren de tifus Santiago Díaz, Cosme Damián Peña y Mamerto Chacón<sup>9</sup>.

8 Abreu, José Vicente: *Ibidem*, págs. 149 y 150.

9 Abreu, José Vicente: obra citada, págs. 157 y 159.

El relato continúa con la inundación de la isla por el Orinoco al iniciarse la temporada de lluvias, la creación por parte de los mismos prisioneros de un nuevo campo de concentración en Sacupana, una población cercana en tierra firme, los planes abortados de escape y el traslado final hacia una nueva prisión, en su caso: la de Ciudad Bolívar. En medio de estos acontecimientos conocemos a otros héroes que compartieron el infierno junto a Vicente, la barbarie hecha personas en carceleros y represores y la humanidad solidaria y sufrida de los vecinos de Sacupana.

*Se llamaba SN* ha sido considerada de forma unánime como la novela más importante escrita sobre el período perezjimenista y una de las más relevantes de nuestra literatura sobre la violencia, en general. La fuerza de su testimonio obnubila para algunos la plasticidad de su lenguaje, la dimensión estética que atraviesa este relato lineal construido a conciencia en primera persona con la finalidad de lograr una identidad inmediata del lector con el autor personaje. Para algunos de sus críticos la obra representa un parte aguas entre la literatura “auténtica” y el “mero” testimonio vivencial. Para otros, como Alexis Márquez Rodríguez, Vicente hace de esta historia, “con evidente maestría”, una novela, no una crónica o un relato histórico, al darle al relato:

(...) una particular tensión, un sentido estético, una textura especial, que hacen que el lector perciba el texto, precisamente, como una novela, aunque sabe o intuye que lo que lee es el relato de unos hechos que ocurrieron realmente como allí se cuentan. (...) porque Abreu, a conciencia, quiso hacer una novela, aunque su contenido argumental fuese íntegramente veraz<sup>10</sup>.

Opinión que comparte y complementa otro grande de nuestra literatura, de la fraternidad y del compromiso con la Patria, Orlando Araujo, quien destaca que:

10 Véase su prólogo a la segunda edición de *Se llamaba SN*, realizada por Monte Ávila Editores, C. A., Caracas, 1998, pág. 11.

Narración estricta en la economía de su lenguaje, conciente de manejar una realidad que sobrepasa la imaginación, su fluir es tenso, casi frenado, entregando el retorcimiento del dolor físico y de la humillación y de la ofensa en la procacidad gargajosa de los esbirros, en el diálogo parco de los presos políticos, y en el lenguaje de fognazos con que el autor va haciendo luz en los sombríos escenarios donde los esputos y la sangre van marcando la huella de los hombres<sup>11</sup>.

*Guasina, donde el río perdió las siete estrellas* es la segunda obra narrativa publicada por José Vicente Abreu, pero la primera escrita. En ella recoge Vicente las notas originales escritas en la prisión en 1952-‘53, presentadas como relatos que se transmiten en forma de cuatro cartas dirigidas a “Querida C”, Cartas-relatos que completan la visión de este universo dantesco:

Largo es el día. Y más largo aún este camino de carretillas. A medida que se transita se extiende, duele, suda, maldice, sueña (...) En la sombra un guardia, una peinilla, un insulto en los ojos y la lengua (...) Carajos y mentadas de madre a boca de jarro (...) -¡Más rápido, carajos! ¡Más rápido he dicho! (...) Cada veinte carretillas, un guardia. Atrás, delante (...) —¡Échale más a este carajo! Aquí uno va a dejar las tripas (...) El mineral de hierro iba cayendo pala a pala hasta llenar la carretilla (...) Mira tú, mierda -dos peinillazos en la espalda- ¿por qué te caes? (...) —¡Corre para joderte! ¡Corre!

Ni un paso, firme. Una mirada de odio:

—¡Yo no corro! ¡Haga lo que quiera!, respondió Rafael.

Desembuchó los dientes como si fuera a vomitarlos:

—¿No corres, carajo? ¡Hijo e puta!

---

11 Araujo, Orlando: *Narrativa venezolana contemporánea*. Editorial “Tiempo Nuevo”, Caracas, Venezuela, 1972, págs. 257 y 258.

Junto con las palabras le dejaba caer la peinilla en la espalda. Uno, dos, tres, siete, diez planazos. Firme. La camisa se enrojecía. Dos guardias más llegaron y se sumaron a los insultos y a los planazos<sup>12</sup>.

Suficientes las citas para entender cómo aquel campo de concentración fue una réplica viva del infierno de Dante; “realismo trágico”, según el decir de Alexis Márquez Rodríguez<sup>13</sup>.

Su siguiente novela, *Las cuatro letras*, como ya señalamos, permite visualizar los años terribles de la violencia puntofijista, de la heroica pero infructuosa resistencia armada. El nombre de la obra alude a las iniciales de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, FALN. Su experiencia personal está aquí sublimada en una historia que la subsume o entremezcla con la de otros revolucionarios o personajes reaccionarios reales con los que convivió o contra los que combatió. Es una ficción que sintetiza una realidad compleja y multidimensional: la democracia gori-la forjada por Betancourt y sus adláteres, al servicio de la oligarquía y el imperialismo, la Venezuela capitalista, dependiente, monoprodutora, urbanizada, con su cauda de contradicciones e injusticias sociales.

No hay, por tanto, una historia central sobre la que giren otras secundarias, ni un personaje central que guíe el hilo de la acción: la acción es el hilo de Ariadna que nos permite recorrer el laberinto de la violencia integral que signó el período puntofijista, al cual nos quieren retrotraer los hijos y los nietos de quienes se beneficiaron de la miseria y el sufrimiento de las mayorías, desatando la misma violencia que aplicaron sus mayores.

Como en un caleidoscopio vemos la acciones simultáneas de una célula de combatientes revolucionarios y de un comando policial que la combate, conocemos los caracteres, anhelos y experiencias, fortalezas y debilidades de cada combatiente y de cada policía, al tiempo que se nos dibuja el entorno social en el que se desenvuelven. La célula está en búsqueda de

12 Abreu, José Vicente: *Guasina, donde el río perdió las siete estrellas*. Editor José Agustín Catalá, Caracas, 1969, págs. 62 y 63.

13 En la obra suya referida con anterioridad.

armas para la lucha, la policía en búsqueda de los revolucionarios para atraparlos y liquidarlos:

Uno es un adolescente que toca las paredes de la prisión, las arenas gruesas que rayan las uñas cuando gritas:

—¡Señores, yo no quiero morir de muerte natural!

Estaban reunidos en una vieja casa del centro de Caracas.

(...)

La policía rodeó la manzana silenciosamente con un dedo en los labios para los traseúntes y el otro en la metralla ZK.

(...)

El cerco policial se estrechó en silencio. No se oía más que la voz de los hombres que intervenían en la reunión. La calle en calma. No circula ni polvo ni viento ni basura ni perros ni gente. No se oye un motor. Pero silencio, señores, tiene que haber silencio cuando se habla de la guerra civil.

Después fueron las palabras en altavoz. Roncas sonoras, metálicas, tétricas, entraban y retumbaban en las paredes y el estanque con flores fluviales.

(...)

—¡Entréguense! Están rodeados... ¡Entréguese, doctor!

(...)

Alirio cae herido. Pablo lo ve caer con los ojos en blanco, abiertos, roto en un costado de donde sale una saliva roja y un ronquido.

(...)

—No me dejen —dice respirando por un costado.

—Las granadas, doctor...deme las granadas —grita Pablo—. Las tiene en los bolsillos...

Pero siente el frío de las esposas en las muñecas y un

---

culatazo en la nuca. Sin embargo ve cuando arrastran a Alirio escaleras arriba y una cinta de sangre y de petróleo se confunden con sus lágrimas.

—Todavía como que está vivo, este carajo... —oye la voz de un policía que lo arrastra por las piernas.

—Mejor —dijo otro con una sonrisa nerviosa.

Y lo lanzaron a la calle desde un segundo piso.

—¡Allá va!—grita un policía.

Y los dos dicen a coro como si les asaltara el mismo pensamiento:

—Uno menos —y bajan las escaleras y se limpian la sangre de los pantalones azules que usan los policías sin uniforme<sup>14</sup>.

La novela también sintetiza lo que fue el debate sobre la estrategia y la táctica de los revolucionarios, sobre las formas de lucha adecuadas a esa Venezuela. No se plantea aquí este debate de manera artificiosa, al margen de la estructura narrativa, sino como parte integral de la misma, con la autoridad que le daba ser actor destacado en la lucha real. Vicente advierte aquí, a través del diálogo de sus personajes, que las formas de lucha debían responder al contexto histórico que se vive. La Venezuela de los sesenta del siglo pasado ya no era la Venezuela rural de la Independencia y de la Federación. Era una Venezuela mayoritariamente urbana, con una economía predominantemente capitalista, industrial y comercial, dependiente de los petrodólares y de la economía imperial:

Bolívar hizo su guerra y Zamora también. Guerra de ganado, de cueros, de tabaco, de cacao. La etapa en que la guerra se prendía con tabaco (...) No se puede decir: Bolívar, dame tu tabaco para prender la guerra. (,,,) —Señores declaremos y comprendamos que la guerra contra el imperialismo en Venezuela es la guerra del petróleo<sup>15</sup>.

14 Abreu, José Vicente: *Las cuatro letras*. Editorial Centauro, Caracas, Venezuela, 1969, págs. 56, 57, 58 y 59.

15 Abreu, José Vicente: Obra citada, pág. 38.

Y más adelante:

Yo no creo en la guerra campesina. Esa no es la vía para nuestro país. (...) hay que salir del ruralismo<sup>16</sup>.

Pero no basta acertar en el diagnóstico, también es necesario saber implementar las decisiones, a riesgo de marginarse del sentir del pueblo y de debilitarse progresiva e inexorablemente, lo que fortalece a un enemigo ahído de recursos y del apoyo imperial:

Las brigadas de la UTC no crecen. Siempre son las mismas. (...) el enemigo crece, se desarrolla, adquiere experiencia, tiene recursos poderosos y asesorías de la misión militar yanqui<sup>17</sup>.

Su cuarta novela, *Toma mi lanza bañada de plata*, parece romper con el tono testimonial de su anterior producción; pero ésto sólo en apariencia, porque en verdad constituye un hermoso discurso poético-ensayístico-narrativo, en el que se borran las fronteras de la realidad con la ficción, del presente con el pasado, del espacio con el tiempo, con la finalidad de presentarnos el drama de la reinserción a la “normalidad” de un guerrero revolucionario, con más de dos décadas continuas de batallar intelectual, político y militar, en el contexto desmoralizador de la Venezuela de los años setenta del siglo pasado:

Me aturdía el ruido de los carros, los gritos, los colores de las blusas de las muchachas, las piernas de las minifaldas, las camisas transparentes: ese sexo de ahora que se lanza a la conquista sin temor, con una expresión nueva para mí. Nosotros estábamos en la guerra mientras el mundo siguió. ¿Qué les importó nuestra guerra? El mundo sigue e inventa nuevos colores, nuevas muchachas y muchachos y es más importante el ocio que la guerra o eso que nosotros, exagerándolo todo, llamamos guerra (...) Uno viene así de la guerra y sólo es un fantasma. Apenas es un hombre que sobrevive a la muerte. De la guerra no se regresa a

---

16 Ibidem, págs. 256 y 261.

17 Ibidem, pág. 261.

---

buscar trabajo (...) Tú no buscas. Tú das. Te nacen amigos nuevos, parentescos, infancias sin recuerdos, viejos nexos inverosímiles, casas solariegas o escudo de armas si eres blanco o bachaco y un compadrazgo de agua que tú no entiendes<sup>18</sup>.

Este discurso nos lo presenta a la manera de Platón, a través del diálogo con un alter ego; en este caso, una figura histórica con la cual nuestro autor sintió inmediata identificación: Braulio Fernández, el único soldado “de a pie” de la revolución independentista del que se tenga noticia de haber dejado una autobiografía. Ésta fue publicada por primera vez en 1969, por “La gran papelería del mundo”, presentado con “cuatro notas” y un canto de ese otro grande de nuestra poesía contestaria, Caupolicán Ovalles, y reeditada en fecha reciente, con prólogo de otro gran guerrero revolucionario: Fernando Soto Rojas<sup>19</sup>:

Y él, Braulio, solamente Braul o Liooo distante del grito del general Bermúdez, y Fernández o Hermano para el comandante Torrealba... sabía por experiencia propia, que muchos de ellos cuando regresaban a sus pueblos –ya empezando a crecer en la patria recién nacida y enguerrillada–, después de guerrear como dios manda... no había mucho trabajo, pero siempre quedaba el recurso de convertirse en matarife, carnicero, pesero o cachapeador de hierros con un cuerno caliente –para vender los cueros después de enterrar la carne. Porque sólo se sabe matar animales en la paz, y ya no encuentras otra cosa para clavar tu lanza que la nuca de los animales (...) Entonces Braulio dijo con su voz de explorador, de avanzada, de punta, de vanguardia, con un dolor que no puedo describir:

—Tú no vienes de la guerra muchacho.

(Otra vez se me manifestaron las frustraciones del sintrabajo: si un anciano me dice que no vengo de la guerra, ¿hay

18 Abreu, José Vicente: *Toma mi lanza bañada de plata*. Ediciones Cuatro Letras, Caracas, 1973, págs. 11 y 12.

19 Véase: Fernández, Braulio: *¡Alto esa Patria! Hasta segunda orden*. Alcaldía de Caracas, 2012.

que matar al anciano para demostrarle mi guerra? ¿Acaso la única es su guerra? Pero cuando llego a una oficina donde antes me halagaban con expresiones de admiración para mi hueca vanidad, y digo:

—Doctor, se acabó la guerra y yo busco trabajo... comprendo a Braulio en la respuesta negativa del Doctor)<sup>20</sup>.

Pero esta conversación pronto se transforma en un discurso dialéctico que nos presenta en forma superpuesta el pasado y el presente de las luchas libertarias de nuestro pueblo, narración-análisis de las causas del triunfo patriota en la revolución independentista y de su derrota en la insurgencia heroica de los años sesenta. Más que un contertulio, Braulio es un maestro de la guerra revolucionaria, surgido de las entrañas del pueblo, que cuenta y analiza su experiencia y la contrasta con la de nuestra generación, extrae lecciones universales de la especificidad de nuestra historia e ilumina errores y caminos posibles. Desde este punto de vista, *Toma mi lanza bañada de plata* continúa la reflexión iniciada en *Las cuatro letras*:

En este instante yo soy la guerra y la paz en Venezuela. Si me ves los ojos solo encontrarás huellas de mis combates. Pero me he llenado el espíritu con los míos y los de todos mis compañeros de combate. Por eso quiero dejarte algo bueno esta noche en que los héroes me iluminan.

-Porque esta noche no soy solamente Braulio el adelantado: Bermudez y Soubllette están aquí, Torrealba y Rondón nos miran desde sus sombras, Páez está allí y Bolívar pasea sus ideas y su largo sable por todo el ámbito. (...) En ustedes prevaleció siempre la impaciencia. Cuando tienen cinco o seis oficiales del ejército los lanzan de inmediato a la toma del poder. (...) Eso fue Carúpano y Puerto Cabello en los grandes entierros de una posibilidad real revolucionaria que no dejaron madurar. (...) Igual ocurre cuando logran una

---

20 Abreu, José Vicente: *obra citada*, págs. 12 y 13.

mayoría momentánea en un sindicato importante. Saben que es temporal y circunstancial y lo queman todo en jornadas aparentes e irreales. (...) Hoy no importa la coherencia, la planificación, ese saber ¿a dónde vas? A muy poca gente joven inquieta hoy los pasos que da. (...) Bermúdez, cuando reunió ochocientos hombres, con armas diversas y de procedencia enemiga, hizo la campaña de Caracas. Pero no fue un movimiento táctico aislado, de loquito, sino como parte de una estrategia. No dijo:

—Vamos a tomar Caracas... a ver qué pasa muchachos. A encontrar un algo...

No. Ese no era el planteamiento. Bermúdez viene con nosotros a Caracas en un plan de batalla elaborado paciente-mente, en desplazamientos en líneas exteriores. Y no en una campaña para culminar en un combate simple de cuatro muertos y cuatro retiradas. Eramos un escalón táctico de la estrategia del Libertador.

—Pero ¿cuándo fueron ustedes escalón táctico? ¿En Carúpano, con aquella idea falsa y delirante del bastión revolucionario, ante la conspiración reaccionaria? Se les murió en las manos del fantasear.

—Carúpano fue tu última ilusión. Tal vez tu último esfuerzo irreal en el camino del poder<sup>21</sup>.

Su quinta novela debería ser en verdad la primera, porque constituye una remembranza de su niñez y del inicio de su ciclo vital. Tiene 60 “capítulos”, cada uno un relato en sí mismo, enlazados a través de un anecdotario que se conforma progresivamente en una “totalidad concreta”: la realidad mágica de San Juan de Payara. A la manera de García Márquez, Vicente convierte a su pueblo natal en protagonista literario, pero a diferencia del gran premio nobel neogranadino no lo disfraza a través de un alter ego literario, ni reinventa a sus personajes a través de seudónimos. Todos los nombrados allí lo son con sus nombres reales, y sus palabras y

21 Abreu, José Vicente, *ibídem*, págs. 218, 220, 221 y 222.

acciones son aquellas que quedaron marcadas a fuego en la vívida memoria de un niño arraigado en su terruño:

Bailaba como todos los niños –adulto sólo bailo con aguardiente–. Mi tío Juan tocaba la bandola encintada hasta con sogas y cueros de colores y yo remedaba las parejas: zamureaba, galleaba, paveaba, becerreaba y hasta tigreaba un joropo con la elocuencia de mirarme los pies para luego elevar los ojos al cielo en la pureza de encontrar las estrellas. Y mi tío Juan Ricardo, borracho ya de tanto andar en sus músicas, al terminar, me dejaba tocar su gran anillo de oro –parecía de obispo–, con inscripciones en alto y bajorrelieve, de su dedo meñique. Era un privilegio. Porque decían que lo heredó de la vieja teosofía cuando él andaba por el mundo. Entonces gritaba con orgullo:

—¡Este es el hijo de María de Jesús!<sup>22</sup>

Crecía este niño en trance de descubrir las maravillas y las tragedias propias de la transición de una sociedad agraria a una urbana, capitalista:

Se dividió el mundo entre los partidarios de la carreta, del ferrocarril de Gallegos y los camiones. Se dijo que lo del ferrocarril de los llanos no pasaba de un sueño de idealistas, ¿quién podía adivinar los rieles en llanos inundados? Ni lomos de perros de los indios alzados sobre las aguas. O seguir las calzadas antiguas ahora cubiertas de hierro en paralelas infinitas. Los indios no inventaron los trenes sobre sus campos de cultivos. Solamente la cerámica donde la mente occidental descubre los engobes, lagos y ríos y terminales de cerritos iluminados.

Volvió el Payara a los inicios. Tal vez el río empezaba a nacer otra vez en sus cantos de chenchenas, en los alcaravanes, en las garzas que regresaban de los horizontes y

---

22 Abreu, José Vicente: *Palabreus*. Ediciones Centauro, Caracas, 1985.

en los peces que formaban el agua en cada recodo musical donde se reflejaban las estrellas. La gente de Payara buscaba libros, trazaba físicas. Mi tío Juan Ricardo signaba con un palito mágico las paralelas exactas de unos rieles traqueantes para demostrar los imposibles. Fabricó un tren que seguía los ritmos de una ruta de vapor que implantó en la plaza de higuerón como un juego de niños. Después apostaron a las ruedas del ferrocarril como a las patas del gallo. Y ese fue el tercer invento de mi tío que ya tenía fama de componedor de relojes en toda la comarca. Se hicieron desafíos entre los dos tipos de tracción: sangre y gasolina, paja recién cortada e hidrocarburo recién refinado<sup>23</sup>.

En este mundo en transición a Vicente lo fueron formando su abuelo, su padre y su tío para ser guerrillero, para enfrentarse a Gómez, “que amenazaba con vivir cien años”, para hacerle honor a la tradición guerrera y libertaria de los llaneros. Cuando el “Bagre” muere, el niño en trance de héroe se pregunta consternado y entristecido: “—Ya se murió... ¿Y ahora contra quién voy a pelear?”, con la que se inicia el diálogo con su tío Juan Ricardo con el que termina de manera bella y significativa la obra:

—Tu mundo no se acaba con la muerte de Gómez —dijo ya con la mula en las manos—, aquí siempre hay contra quién pelear. Ellos se suceden o se imitan.

Y fue cuando me dijo lo del futuro y mi preparación para otros tiempos, tan malos como éstos.

—Donde se cree que se ha llegado a la derecha del mundo...

(...)

En la confianza de esos muertos anónimos de los tiznados me confesó:

---

23 Abreu, José Vicente: Obra citada, págs. 8 y 9.

—Yo te reservo unas escopetas, unos sables y algo más... Para tu alzamiento futuro. Eso está escrito. Hay algunas lanzas también, porque si sirvieron una vez, no tienen por qué fallar ahora. María de Jesús sabe. Están en buenas manos. Las lanzas son muy viejas. Las armas de fuego no, pero no las echas al olvido.

(Y yo me quedé con la obsesión de las armas blancas, MdeJ: las puntas, los filos, los lomos, los ruidos de las piedras distintos en cada hierro, ese peso que se hace en la mano y ese calor que viene con la sangre).

(...)

—Gómez se murió, ¿pero cuántos vendrán después? Nosotros te entrenamos para eso... Tú lo llevas en la sangre, muchacho...

Y esta noche me toco las cicatrices por última vez. Mi tío Juan Ricardo no las vio nunca, MdeJ<sup>24</sup>.

En esta, como en sus otras obras, lo autobiográfico incorpora lo imaginario, lo cotidiano se transforma en fantástico, el lenguaje realista es atravesado por el poético y ambos enriquecidos por la fuerza telúrica de la emocionalidad, de sus vivencias, de su pasado y su presente, de sus orígenes llaneros y de indígena payareño. Al respecto, otro fraterno nuestro, también conterráneo, Edgar Colmenares del Valle, ha pergueñado la categoría “palabreísmos” para referirse al “corpus” verbal utilizado por Vicente en esta novela, al cual considera como una “muestra de la fragmentación léxica y dialectal del español en Venezuela”<sup>25</sup>. Destaca Edgar cómo Vicente escribe un texto que logra eludir los estereotipos humanos y el lenguaje pintoresco que, de acuerdo con mucha “literatura llanera”, caracterizaría a la llaneridad apureña:

24 Abreu José Vicente: obra citada, págs. 223 y 224.

25 Colmenares del Valle, Edgar: *Los palabreísmos de José Vicente Abreu*. Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Vicerrectorado de Investigación y Postgrado, Coordinación del Programa Nacional de Promoción y Difusión de la Investigación, Caracas, 2002, pág. 14.

Es un texto en el que elementos del español patrimonial colmulgan con lo indígena y con los de propia invención sin que haya un hiato entre los diferentes niveles de uso, sin que se marque lo vernáculo frente a lo general y, en fin, sin que se manifiesten los recursos artificiosos que se tienen como propios de algunas formas regionales de expresión. (...) en síntesis, esta escritura cristaliza en un discurso épico narrativo que es memoria regional, que es sentimiento llanero, que es testimonio de un repertorio léxico particularizado y, finalmente, que es expresión de lo universal a través de un modo particular de ser, de sentir y de concebir al mundo y la esencia de la vida<sup>26</sup>.

Entre los fragmentos usados para ilustrar tales apreciaciones elegimos el siguiente:

Entonces, en pleno día, con hojas quietas y sin brisas, cuando ya no cantaban los pájaros y apenas mugían los padrotes frente a los tranqueros del corral, ocurrió el primer relámpago de una tempestad seca. Corrimos los muchachos por las calles, hasta yo, el profeta. Se reventaron las rosas en los tallos y los guineos dejaron de cantar. Nos acuchillábamos en los rincones mal heridos de truenos. Y mi madre me sacó del encierro para que fuera a la casa de mi tío Juan Ricardo por una cuartilla de maíz cariacó o chuco, no recuerdo. — Antes que comience el diluvio, hijo... Yo salté de alegría y bailé con el saco del maíz, pese al miedo que le tenía a las tempestades, y sobre todo, a los relámpagos<sup>27</sup>.

Lyl Barceló Sifontes, compañera del último tramo de su vida, nos informa en el prólogo a *El Mestizo Primero*, de Pedro Elías, y en un discurso homenaje con motivo del grado de una promoción de licenciadas y licenciados en Letras de la UCAB que honraron a Vicente asumiéndolo como

26 Colmenares del Valle. Edgar: obra citada, págs. 17 y 19.

27 Abreu José Vicente: *ibidem*, pág. 81.

epónimo en el séptimo aniversario de su siembra<sup>28</sup>, que éste había dejado inconclusa pero avanzada *Palabreus II*, novela en la que narraría los años faltantes entre la muerte de Gómez y su iniciación en la brega política. De esta obra inédita conocemos un fragmento, publicado en el “Papel literario” del diario “El Nacional” poco después de su muerte, en el que narra como sus vivencias a partir del cambio de casa de su familia, a raíz de su mudanza a San Fernando, le ayudaron a soportar los avatares posteriores de la lucha política.

1. —No se por qué mi padre compró esa casa, tan extraña, tan distinta y fuera de moda que no se parecía a las demás. Formando esquina de cuatro puertas, ideal para pulpería mayorista en quesos y cueros que nunca se dio. Allí quedaron clausuradas para siempre esas entradas de compra-venta, donde dormíamos con papá quienes habíamos nacido entonces. De negocio solo existían los murciélagos y ese nombre palaciego y misterioso: Esquina de “La Esmeralda”. Calle por medio con el Hospital “Acosta Ortiz”, desde donde venían los alaridos de los moribundos y heridos. (...) Pero desde el principio me hablaron mal de esa esquina de la Esmeralda nuestra. Fue la sede de la Jefatura de Policía. De allí los dos tigrillos enrejados que daban al solar, el olor a orines rancios cuando pegaba el sol, el taparo chusco enorme del patio donde aparecían en sus raíces puñales en forma de culebra y los quejidos que oía entre los grillos, las lechuzas y los sapos que me llenaban de espanto para no ir al retrete de noche y pasar bajo la parra enorme. (...) Y para darme un poco de fiereza, de coraje, de hombría, tan necesario entre nosotros —recién salidos de una dictadura que nos ablandaba—, me enyalaba en celda, para que mis hermanas se quedaran llorando en la reja hasta el amanecer y así salvarme de los muertos nacidos en tormento que yo vine a comprender después

---

28 Barcelo Sifontes-Abreu, Lyll: *Al encuentro con José Vicente*, Editorial Centauro, José Agustín Catalá, Editor, Caracas, 1994.

en mi propia carne. Los calabozos de dimensiones uno por uno y veinte tan famosos en los castigos que sufrimos. Allí aprendí ¿Podía ser extraña la prisión para mí? Esa casa fue mi entrenamiento. (...) Me acostumbré a morir o a sobrevivir allí paciente, resignado, sin tensiones, con la emoción de volver a la vida otra vez. ¿Qué diferencia podía existir entre esos tigrillos, si viví en una casa-cárcel, como si se tratara de una casa-cuna que me preparaba para el porvenir? Fueron mis primeros presidios antes de alzarme. ¿Aprendizaje de preso, lógicamente conectado con mi entrenamiento guerrillero? ¿O se pronosticaba ya que al final, en cada dictadura, en democracia o entrega de ella, yo iría a prisión, M. De J.<sup>29</sup>

Con ambas *Palabreus*, palabras de Abreu, cierra el círculo de su vida transmutada en narrativa de alto vuelo plástico y estético, convertida en ofrenda de saberes para las generaciones sucesivas, en fuente abisal de información sobre toda una época histórica de nuestro país y de formación ética y patriótica, mostrario de compromiso vital con las luchas del pueblo y de amor profundo por la vida en todas sus manifestaciones, colectivas e individuales.

### III

Pero el talento literario de Vicente no se agota en la narrativa. Fue también un gran poeta. La poesía le había sobrevenido en su transitar hacia la heroicidad. Antes y después de narrar sintetizó su realidad externa e interna en un discurso de alto calado poético. Vicente es la mejor demostración de que la poesía auténtica no tiene límites temáticos, ni formales. Sus versos presentan otra cara de sí mismo, complementan la imagen que del héroe y del hombre nos formamos en sus relatos y ratifican su proyecto estético, político, biográfico, tal y como lo testimonian los versos de su *Mensaje a Beatriz* (1953):

---

29 Abreu, José Vicente: *Palabreus II*. "Papel literario", diario "El Nacional",

Yo he venido escribiendo  
 –noche a noche–  
 todo lo que he vivido:  
 la paz, la sangre,  
 el hombre, la multitud,  
 la voz ahogada como un pulso  
 que recorre los puños  
 y se esconde para otros días mejores...<sup>30</sup>

Traigamos ahora algunos versos de su primer libro, a fin de ver cuánto puede el espíritu humano para vencer lo infernal. Escritas en secreto “donde los caños vomitaron islas”, y sacadas en la memoria de muchos y en “letras de hormiga”, las palabras del *Manifiesto de Guasina*<sup>31</sup> reflejan desde otro ángulo el doloroso drama:

Yo vengo del sureste, hermanos  
 de un rancho donde la muerte  
 hervía su propia cara  
 en un grasoso casco de soldado.

Yo vengo de allí  
 donde los caños vomitaron islas  
 hasta tener la vista amoratada;  
 donde la vida se amontona  
 como triste ceniza  
 y se derrama como fértil abono  
 de gusanos.

30 Ver: Abreu, José Vicente: *Cartas de la prisión y el exilio: Venezuela-México-URSS, 1950-1965*. Ediciones Centauro, Caracas, 1987, pág. 33.

31 Abreu, José Vicente: *Manifiesto de Guasina*. Editorial Centauro, Caracas, Venezuela, 1959. El manuscrito está fechado en 1952. Su editor, José Agustín Catalá, dejó testimonio de que recibió los originales en la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar en 1953.

Yo vengo del sureste, hermanos,  
de Guasina,  
de un Campo de Concentración,  
de una isla con un vientre de alambres  
y unos intestinos  
de estacadas.

Allí las bayonetas danzan  
sobre osas y rostros  
como en rocas rituales  
y las voces se alargan como hocicos  
de bestias infernales.

(...)

Quiero que cada noche sepas  
cómo es la piedra y el pan,  
el músculo, el sol y los metales  
y cómo caminó la carne  
abierta a los gusanos  
y el viento en su ulular de plagas,  
y cómo era la luz cernida en los pantanos...

(...)

Esta es la capital de la tortura:  
hasta el rocío, hasta la aurora,  
hasta el paso crepuscular

de los recuerdos tiene punta de ayes...

(...)

En la espalda, en la cara,  
en mis cuatro costados  
tengo marcados a filo de machete  
–insertos en mi cuerpo–  
una a una, hasta una gran cadena,  
las botas claveteadas  
de gendarmes, de bestias y guardianes  
de la Cultura Occidental.

(...)

Aquí la Cultura Occidental  
con sus lebreles:  
Truman, De Gasperi, Franco,  
y los cachorros:  
Odría, Trujillo, González Videla,  
Batista y Somoza y Pérez Jiménez,  
saltan vaciando corazones  
y chupando médulas de huesos.  
Cultura Occidental:  
dientes de antropofagia  
vienen danzando en un rito guerrero.

(...)

---

Aquí en Guasina,  
¡el dolor anda descalzo...!

Pero este dolor físico y espiritual tan intenso concluye dejando pres-  
to y vencedor al combatiente:

Yo quiero recoger toda la paz del mundo  
en una noche  
y el viento que no anduvo disperso.

(...)

Yo quiero tener en mi garganta  
todos los siglos de protesta  
para gritar y que oigan  
desde Guasina al mundo:  
Malditos sean sus hijos  
maldito el pan, y sus camisas  
y sus lechos;  
malditas las almohadas  
que recogieron sus cabezas de monstruos cua-  
ternarios.

(...)

Yo vengo del sureste,  
de Guasina,  
vengo entero,  
con más fuerza y más nervio:  
¡Abridme paso hasta mi barricada!

El amor... y conquistó el amor a lo Cyrano con la magia lírica de la epístola y el verso para una lejana Beatriz desconocida. Suerte de Cyrano y de Dante y de Orfeo tropical, su historia se invierte en lo esencial, pues fue Beatriz/Eurídice la que tuvo que bajar al infierno una y otra vez a rescatar a su amado, a través de su verbo y de su aliento, sin mirar nunca hacia atrás, hacia el rostro paralizante de la duda y el miedo. A ella, a Beatriz Catalá, identificada tan sólo como “C” en las comunicaciones clandestinas para protegerla, le debemos la salida a la calle de todas las palabras escritas por Vicente. Entraba a la prisión a visitar a su padre José Agustín, otro preso egregio, y salía con un tesoro-bomba entre las manos, sin que nunca le estallara antes de estar a salvo. El 23 de noviembre de 1953, Vicente-Dante-Orfeo, le hace llegar su *Mensaje a Beatriz*<sup>32</sup>:

Ahora quiero escribir  
todo lo que palpita:  
quiero escribir amores,  
quiero contar lo que sólo conozco por noticias,  
lo que sólo imagino  
entre tus ojos:  
lo que cuenta su padre  
y casi grita...  
Quiero cantar su voz  
y otras voces,  
sus ojos y otros ojos,  
su cabello, su luz,  
lo que imagino:  
su mano derramando el cariño  
en cada mano

---

32 En: Abreu, José Vicente: *Cartas de la prisión y el exilio: Venezuela-México-URSS, 1950-1965*. Ediciones Centauro, Caracas, 1987, págs. 33 a 40.

---

–como el fruto en el surco  
en cada tallo...  
Tu palpitar aquí  
porque tu padre ha palpitado  
siempre...

Tú llorarás  
–lo que nunca has llorado  
Tú cantarás  
–la voz que no ha cantado  
Tú amarás para siempre  
–lo que nunca has amado...  
Porque hablarás  
del hambre,  
de la semilla ciega,  
del hombre,  
del arado...  
Tú sufrirás:  
no tienes otros labios,  
ni otros ojos,  
ni otra frente,  
ni otro color,  
ni otra azúcar,  
tu cara...  
No sé si por amores,  
no sé si por tus hijos,  
o por los manantiales  
o la música que canta maniatada...  
O por la noche cero

que viene caminando  
jornada tras jornada.  
Tú sufriras,  
porque has nacido pan  
y paz para mañana...

Más de tres décadas anduvieron Vicente y Beatriz entrando y saliendo juntos del infierno, sin tregua y sin mirar atrás. Más de tres decenios de convivencia y poesía, incluso en los lugares más inhóspitos para el amor. Veamos algunos de sus versos a Beatriz, escritos en el Cuartel San Carlos, en los años sesenta, una “poesía trunca carcelaria” se la ha llamado<sup>33</sup>:

Tus manos  
me quitaban siempre  
este dolor horrible  
de recordar la  
cárcel

(...)

Yo soy de fuego,  
Amada  
-pero no estoy loco-  
estoy  
en mis cabaes  
y apenas si he alumbrado  
en medio de la noche,  
igual que un meteoro  
que se escapa

---

33 Abreu, José Vicente: *Camarada Paloma (Poemas del cuartel San Carlos)*. Fundación editorial “El perro y la rana”, Caracas, 2007.

(...)

¿Qué es el fuego?  
Yo sé  
toda la historia  
que media  
entre la esclavitud  
y la liberación  
del hombre

(...)

No he de morir  
porque toda la vida  
ha sido para  
nacer,  
para encontrar  
sobre la tierra  
todo lo que soñamos

(...)

la paz de los combates

(...)

Un día convertiremos  
todos los soles

que dejó  
el preso de hace siglos  
en un parque  
con árboles,  
con música,  
con pájaros

(...)

No me callo, amada mía,  
yo grito  
aquí  
y quiero que todos,  
los que tengan  
necesidad de gritar,  
griten también.  
Algunas cosas  
quedarán  
como mi sombra  
vagando eternamente  
entre los muros:  
algunas cosas que yo  
quise decir  
para verlas saltar  
como las mariposas  
de la montaña...  
Algunas cosas que yo quise decir  
para oírlas sonar  
como las voces de los inocentes  
en las calles...

---

En la biografía de Vicente hay también otro amor importante: Lyll Barceló Sifontes, docente universitaria y crítica literaria, quien lo acompañó en el trecho final. Ambos amores heredaron parte de la producción literaria de Vicente y ambas han cumplido como albaceas, facilitando la publicación de ese legado (aunque, hasta donde sé, nos falta ver impresa en su totalidad la segunda parte de *Palabreus*). A Lyll le agradecemos conocer los versos de *Camarada –Santa: yo soy el guerrero muerto*<sup>34</sup>, donde Vicente ratifica los ejes fundamentales de su vida y, al mismo tiempo, le brinda su verbo y su amor:

Yo soy el guerrero muerto,  
 el recogido  
 en el campo de batalla:  
 ya vivía  
 en los infiernos  
 con sangre en las heridas  
 que me hicieron.  
 Pero, amada mía,  
 ¿para qué me resucitaste  
 me hiciste vivir  
 en paz,  
 me exprimiste  
 el poco odio que me quedaba?

Me llevaste a tu corazón  
 para engendrarme  
 de nuevo,  
 me soplaste  
 para darme vida

34 Abreu, José Vicente: *Camarada-Santa: yo soy el guerrero muerto*. Universidad Católica “Andrés Bello”, Caracas, 2000.

en la cara,  
ese soplo divino  
  
que me duerme  
todas las noches  
para soñar contigo...

Yo era el guerrero  
muerto  
y ya no puedo volver  
al mundo  
para hacer la guerra,  
sólo el amor,  
el amor por la que vivo...

#### IV

Vuelvo atrás: era uno solo, poeta y luchador en una sola pieza. El milagro de Payara.

Para mí, pues, el primer elemento de consideración es que fui conterráneo y amigo, a lo largo de varias décadas, de un héroe de verdad, de un creador literario dotado como pocos, y que anduve con él en diversos avatares y circunstancias como con una persona común y corriente.

Lo conocí cuando apenas despertaba mi adolescencia, él cuatro años mayor que yo, y desde entonces me pareció tan humano y sencillo como al mismo tiempo singular y fascinante. Yo entraba en el liceo, 1946, él salía. Había varios dirigentes estudiantiles destacados, pero dos sobresalían: José Vicente Abreu en 4º Año y Manuel Bermúdez en 2º. Eran los líderes respetados y admirados por todos, con influencia extraestudiantil considerable. Yo, recién llegado pueblerino, veía a

.....

Vicente en los grupos y me acercaba a oírlo. Su poder de fabulación y fantasía comenzaba a evidenciarse. Su seguridad, y hasta su simpático deo jactancioso, lo ganaba a uno de inmediato.

Él se fue a proseguir estudios y lo volví a ver unos cuatro años más tarde, en Caracas, reino de terror perezjimenista. Me buscó para encomendarme mi primera tarea clandestina en la capital: llevar un maletín lleno de volantes antidictadura a lo que se llamaba en la jerga “una estafeta”, que en el caso era un apartamento situado en El Silencio. Tres o cuatro encomiendas más y no tuve otra ocasión de militar directamente a su lado, pues él estaba en la organización partidista y yo pasé a la juvenil. Nos encontraríamos tiempo después en la cárcel, en Ciudad Bolívar, aunque en pabellones distintos. Pero él me mandaba recados de fortaleza y estímulo, y su prestigio creciente nos confortaba a todos. Había retornado de Guasina, adonde fue “para morir o para nacer” (como expresa en uno de los relatos de su libro homónimo), mas en “la isla donde el río perdió las siete estrellas” –decir suyo evocador de Andrés Bello el cumánés– se disolvió la disyuntiva: nació para ya no morir.

Luego de caer la dictadura viajamos a San Fernando. Nos entrevistaron por “La Voz de Apure” y allí recibí una de sus lecciones más memorables: sus palabras no trasuntaban ni la más leve sombra de odio, amargura o rencor. Creo que fue entonces cuando se me reveló a plenitud su grandeza humana. Auténtico, digno, generoso, cultor de la amistad, poeta, revolucionario, hombre. Es ese el Abreu a quien no podrá matar el tiempo y a quien sus amigos debemos inmensa gratitud y amoroso recuerdo.

Fijense, él cuenta en *Palabreus* que su abuelo le hizo saltar dos veces sobre un cadáver en una gallera (el de un hombre asesinado), a fin de que no muriera ni de cuchillo, ni de picada de animal ponzoñoso, ni de plomo, ni de malderrabia, ni de caimán, ni de rayo. Y en efecto, no murió de nada de eso, y más aún, no murió en absoluto. Lo ocurrido en Caracas el 25 de abril de 1987, hace ya tres décadas, fue sólo una jugarreta peregrina.

Corto aquí mi memoria de este querido amigo del alma, “un monstruo” en la apreciación de Edgar Colmenares del Valle, un imprescindible a la

luz de Bertolt Brecht, un hombre de excepción de Payara, de Apure, de Venezuela, de América, del Mundo. Y me permito dejarle, en la tradicional y eterna figura del soneto, un pequeño homenaje de mi verso:

Resuelto capitán del alto sueño,  
fantaseador con voz en carne viva,  
todo pasión tras la justicia esquivada  
bien dispuesto a morir en el empeño.

Tu cuerpo se quemaba como un leño  
para avivar la llama colectiva...  
Llegó el esbirro y diste a la saliva  
coraje de centauro payareño.

Guerrero con clamores de profeta,  
camarada de mítica sonrisa,  
talabartero, sembrador, Poeta,

par del otro Primero, piel mestiza,  
menuda talla, corazón de atleta,  
¡cómo ha dolido tu ida tan aprisa!

Para finalizar les digo, amigos, que no me extrañaría verlo aparecer cualquier día por ahí con la lanza de Braulio Fernández, pues Bolívar se ha despertado y nuestro pueblo ha vuelto a soñar.

Y a los jóvenes: procuren leer *Toma mi lanza bañada de plata* y las demás obras de Vicente, todas amasadas en amor, coraje, majadería bolivariana y belleza.

Junio de 2017.



Esta edición de 1000 ejemplares de la obra  
*Con la lanza de Braulio Fernández*  
se imprimió en Diciembre de 2017,  
en los talleres de la...  
Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

La colección ANDRÉS BELLO (1781-1865) rinde homenaje al gran poeta, crítico literario, filósofo, jurista, educador y lingüista, maestro forjador de repúblicas; en opinión de muchos, el intelectual de mayor relieve que ha producido Hispanoamérica. Un avanzado de su tiempo, tuvo plena consciencia del valor social del lenguaje, veía en el estudio de las letras el centro, eje y fuerza motriz de las primeras centellas de la libertad civil. Por eso, bajo su egregio nombre se reúnen las obras que aborden el estudio de la lengua y la reflexión literaria desde las múltiples y variadas formas de análisis.

CON LA LANZA DE BRAULIO FERNÁNDEZ se constituye un sentido homenaje al gran escritor apureño José Vicente Abreu (San Juan de Payara, 20/06/1927 Caracas, 25/04/1987), poeta, novelista, ensayista, periodista y militante revolucionario desde su adolescencia, de parte de su conterráneo, condiscípulo y camarada de luchas y ensueños, Freddy J. Melo (San Fernando de Apure, 14/ 07/ 1931). Es un abrevadero a la biografía y obra narrativa y poética de este excepcional venezolano, quien supo derrochar pasión y coraje tanto en la vida como en la escritura.



Gobierno  
Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Educación

IPASME

Fondo Editorial Ipasme

